

320 a tu patria, a tu hogar o a cualquier otro sitio que quieras
aunque sea más allá y a distancia de Eubea, que se halla
tan lejana de aquí, según suelen decirnos aquellos
de mis hombres que han visto esa tierra al llevar a aquel

[blondo

Radamantis en busca de Ticio, el nacido de Gea.

325 Arribaron allá sin cansancio, cumplieron su ruta
y en aquel mismo día estuvieron de vuelta en la patria.
Bien verás por ti mismo si hay naves mejores, si hay mozos
que sacudan el mar con las palas mejor que los míos.»

Así dijo, gozábbase Ulises, el héroe paciente,
330 y elevó su oración hacia el cielo con estas palabras:
«¡Padre Zeus, si Alcínoo llevase a buen fin cuanto acaba
de decirme! Bien cierto su fama en la tierra fecunda
no acabara jamás y yo iría de nuevo a mi patria.»

De este modo entre sí conversaban los dos, mas Areta,
335 la de cándidos brazos, llamando a sus siervas mandóles
aprestar en el porche una cama, ponerle por cima
cobertores hermosos, purpúreos y, echando las colchas
sobre ellos, dejarlas cubiertas con prendas de lana.

Con la antorcha en la mano salieron aquéllas al punto
340 del salón, con cuidado extendieron la sólida cama
y, volviendo a presencia de Ulises, le instaron diciendo:
«Ve, extranjero, a dormir, que la cama está hecha.»
[Y el héroe
al oírlas el gusto sintió de encontrarse en el lecho.

Así Ulises divino, el de heroica paciencia, dormía
345 en la cama tallada del atrio sonoro; y Alcínoo
se marchó donde al fondo de la alta mansión le tenía
preparadas las ropas del lecho su esposa, la reina.

CANTO VIII

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
de su lecho se alzaba el augusto e intrépido Alcínoo
y a la vez levantábase Ulises, retoño de Zeus,
destructor de ciudades. Alcínoo guiólo a la plaza
donde al pie de las naves se habían de reunir los feacios. 5
Al llegar se sentaron los dos en los bancos de piedra
mientras Palas Atena corría la ciudad en figura
de un heraldo de Alcínoo, el discreto, empeñada en la vuelta
al hogar del magnánimo Ulises; y así al lado se iba
deteniendo del uno y del otro y a todos decía: 10

«Acudid, regidores y jefes del pueblo feacio,
y a la junta marchad a informaros de aquel extranjero
que hace poco ha llegado a la casa de Alcínoo, el prudente,
tras errar por el mar, semejante en figura a los dioses.»

Tal diciendo acreció los deseos y el ánimo en todos; 15
congregados los hombres allí sin tardar, se llenaron
los asientos del ágora y muchos miraban suspensos
hacia el hijo sagaz de Laertes: Atena, bañando
de divino esplendor su cabeza y sus hombros, le hizo
parecer a la vista de todos más grande y robusto 20
por que fuese mejor estimado del pueblo feacio,
infundiese respeto y temor y los muchos trabajos
consiguiese acabar con que aquellos habían de probarle.

Una vez que en la gran asamblea estuvieron reunidos,
25 el primero de todos Alcínoo tomó la palabra:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio,
y sabed lo que el alma en el pecho me impulsa a deciros:
este huésped —no sé quién él sea— llegó hasta mi casa
vagabundo e ignoro si vino de pueblos de oriente
30 o de ocaso; nos pide socorro en su ruta. Veamos
de prestárselo, pues, como siempre lo hicimos con todos,
que ni él ni otro alguno que llegue a mis casas en ellas
quedará en aflicción largo tiempo por falta de ayuda.

Ante todo a las olas saquemos un negro navío
35 no estrenado en el mar, y elegidme cincuenta muchachos
con dos jefes: que sean los mejores de siempre en el pueblo.
Y primero que vayan y aten los remos al banco;
luego vuelvan aquí a preparar sin tardanza en mi casa
el festín: les daré provisión abundante. A los mozos
40 esto vengo en mandar, y vosotros, los reyes que el cetro
en la mano empuñáis, llegad a mi hermoso palacio,
festejemos al huésped, que nadie rehúse. A más de ello,
a Demódoco hacedme venir, el aedo divino,
a quien dio la deidad entre todos el don de hechizarnos
45 con el canto que el alma le impulsa a entonar.» Así dijo
y marchó por delante; siguieron sus pasos los reyes
portadores de cetro y en tanto el heraldo fue en busca
del cantor. Elegidos los mozos, bajaron, conforme
les habían ordenado, a la orilla del mar infecundo
50 y, una vez que llegaron al sitio en que estaba la nave,
arrastraron primero el oscuro bajel a las aguas
y, ya a flote, en su fondo cargaron la vela y el mástil
y cogieron los remos a estrobos de piel, todo ello
según es regla y uso; tendieron el blanco velamen,
55 fondearon la nave y volvieron de nuevo a las casas
espaciosas de Alcínoo, el prudente de entrañas: repletos
encontraron los porches, el patio y las salas de hombres
congregados ya allí, muchedumbre de ancianos y mozos.

Doce ovejas Alcínoo mató para ellos y ocho
dentiblanco marranos, dos bueyes de pasos de rueda, 60
y después del desuello adobaron un rico banquete.
Trajo en tanto el heraldo al piadoso cantor, al que amando
sobremodo la Musa otorgó con un mal una gracia:
lo privó de la vista, le dio dulce voz; y Pontónoo
fue a ponerle en mitad del convite un sillón guarnecido 65
de tachones de plata, apoyólo en erguida columna,
de una percha colgó sobre él la gran lira sonora
y ensayóla a cogerla de allí por sí solo; le puso
por delante una mesa pulida, una cesta con panes
y una copa de vino que fuera bebiendo a su gusto. 70

A los ricos manjares dispuestos tendieron sus manos
y, saciado que hubieron su sed y apetito, la Musa
al aedo inspiró que cantase de hazañas de héroes,
de una acción cuya fama llegó por entonces al cielo
anchuroso: la riña entre Ulises y Aquiles Pelida 75
cuando estaban sentados al rico festín de los dioses.
Se lanzaban palabras terribles y a un tiempo gozaba
entre sí Agamenón por la lid de tan bravos aqueos;
él tenfala de tiempo anunciada por boca de Apolo
cuando el porche de piedra cruzara de Pito divina 80
por oír su presagio: empezaba a rondar la desgracia
a troyanos y dánaos por trazas del máximo Zeus.

Tal cantaba aquel ínclito aedo y Ulises, tomando
en sus manos fornidas la túnica grande y purpúrea,
se la echó por encima y tapó el bello rostro. Sentía 85
gran rubor de llorar ante aquellos feacios; a veces,
al cesar en su canto el aedo divino, sus lloros
enjugaba y, del rostro apartando el vestido, ofrecía
libación a los dioses del vaso de dos cavidades.
Mas tornaba el aedo a empezar su canción, siempre a ruegos 90
de los nobles feacios gustosos de aquellas historias,
y tapando su cara de nuevo volvía a los sollozos.

No hubo nadie en verdad que notara sus llantos; Alcínoo solamente al hallarse más cerca observándolo estaba.

95 Diose cuenta de todo al oír sus profundos suspiros
y sin más dijo así a los feacios, gozosos remeros:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio,
satisfecho nos tiene ya el gusto la buena comida
y la lira también, compañera del rico banquete;

100 vamos fuera, por tanto, probemos en todos los juegos
nuestras fuerzas y así pueda el huésped contar a los suyos,
cuando vuelva a su hogar, la ventaja que a todos sacamos
en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera.»

Tal diciendo marchó por delante, siguieron los otros;
105 desprendiendo el heraldo del gancho la lira sonora
a Demódoco asíó por la mano, condújolo fuera
del salón y guiólo después por el mismo camino
que llevaban los nobles feacios a ver el certamen.

Hacia el ágora iban: seguíanlo millares de hombres,
110 multitud incontable. Pusiéronse en pie luego muchos
y esforzados mancebos: Acróneo y Ocíalo y Elatres;
levantáronse Nautes y Primnes, Anquíalo y Eretmes
y siguiéronlos Pontes y Prores, Toón y Ambesíneo
y con ellos Anfíalo, el varón que engendró Políneo
115 el Tectónida; Euríalo el de Náubolo, igual al dios Ares
homicida, en belleza y en cuerpo mejor que ninguno
de los otros feacios después del cabal Laodamante.
Y se alzaron también los tres hijos de Alcínoo intachable,
Laodamante seguido de Halio y el gran Clitoneo.

120 La carrera ante todo ensayaron: tomaron la linde
de que habían de partir, a la llana salieron a un tiempo,
se lanzaron veloces alzando una gran polvareda
y el cabal Clitoneo ganóles con mucho a los otros:
cuanto alcanza al arar en barbecho yugada de mulas
125 les sacó de ventaja al volver donde estaba la gente.

En la lucha penosa probáronse luego y Euríalo
la partida ganó a los mejores; Anfíalo en el salto
a ninguno del pueblo encontró superior, mas Elatres
en el disco su fuerza mostró sobre todos y un púgil
no se halló como el buen Laodamante, nacido de Alcínoo. 130

Cuando ya les sació el corazón el placer de los juegos,
Laodamante, el nacido de Alcínoo, les dijo a los otros:

«Mis amigos, venid: preguntemos al huésped si sabe
y ha probado algún juego; en verdad no es de vil contextura:
recios pies, recios muslos, las manos entrambas fornidas, 135
es robusto su cuello, respira vigor, ni le falta
juventud; pero está quebrantado por males sin cuento.
Bien me digo que no hay otra plaga que igual que el oceano
desbarate y dé fin a un varón por más fuerte que sea.»

Mas Euríalo dejándose oír contestó de este modo: 140
«Laodamante, has hablado en verdad con gran tino; mas
[anda,
ve tú mismo a invitarlo y discurre lo que has de decirle.»

Al oír sus palabras el prócer nacido de Alcínoo,
fue a ponerse en mitad del concurso y habló con Ulises:
«¡Padre huésped, ven tú con nosotros, comparte los 145
[juegos,
si es que alguno aprendiste! Sin duda que ya los conoces,
pues no existe una gloria mayor para el hombre que aquello
que realizan sus pies y sus manos. Acude a la prueba
y disipa las cuitas que afligen tu alma, que poco
se habrá ya de tardar tu partida: la nave en las olas 150
fondeada se halla y a punto los buenos remeros.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el fértil en trazas:
«Laodamante, ¿por qué me afligís con tamaña propuesta?

Otras cosas preocupan mi alma, que no vuestros juegos:
 155 ya en mi vida sufrí grandes penas y muchos trabajos
 y heme ahora en mitad de vosotros buscando el regreso
 a mi hogar que del rey he pedido y del pueblo este todo.»

Contestándole entonces Euríalo zahirióle de frente:
 «No parece, extranjero, que seas varón entendido
 160 en los juegos que suelen tenerse entre hombres; te creo
 uno de esos, más bien, que en las naves de múltiples remos
 con frecuencia nos llegan al frente de gentes que buscan
 la ganancia en el mar, bien atento a la carga y los fletes
 y al goloso provecho: en verdad nada tienes de atleta.»

165 Pero Ulises sagaz le repuso con torva mirada:
 «Mal hablaste, mi huésped: pareces persona sin seso;
 bien se ve que los dioses no dieron a todos los hombres
 por entero sus gracias, talento, facundia y belleza.
 Es el uno de aspecto mezquino y en cambio le colma
 170 de perfecta hermosura algún dios sus discursos; los otros
 arrobados le observan y él habla seguro en la plaza
 con modesta dulzura; distínguese así en la asamblea
 y le miran como a una deidad cuando pasa entre el pueblo.
 Hay tal otro que iguala en belleza a los dioses sin muerte,
 175 mas sus dichos están desprovistos de gracia: tú muestras
 ciertamente notable hermosura, ni un dios la plasmara
 superior, mas del todo eres vano de mente. La ira
 has venido a mover en mi pecho lanzando palabras
 sin mesura y sin tino: no soy tan novato en los juegos
 180 como tú te supones; más bien figuré en los mejores
 cuando pude fiar en mi edad y mis manos. Ahora
 preso estoy de desgracias y penas, que mucho he sufrido
 a través de las lides de guerra y las olas crueles,
 pero quiero con todos mis males entrar en la prueba:
 185 tus palabras mordéndome el alma me la han levantado.»

Tal diciendo saltó con el manto en los hombros; un disco
 grueso y largo tomó que en su peso con mucho excedía
 de aquel otro que usaban luchando entre sí los feacios
 y tras un revoleo lo lanzó de la mano robusta.
 Zumbó el gran pedrejón; la mirada bajaron a tierra 190
 los feacios, potentes remeros, gloriosos marinos,
 al disparo del disco que en vuelo pasó a los de todos
 desprendido del brazo. Había puesto los blancos Atena
 en figura de hombre y, dejándose oír, advirtióle:

«Hasta un ciego, extranjero, podría distinguir apalmando 195
 entre todos tu blanco: la piedra no está con las otras,
 sino muy por delante. Ten ánimo, pues, que ninguno
 del país la podrá rebasar ni aun llegar hasta ella.»

Así dijo y Ulises, el héroe paciente, gozaba
 bien contento de hallar en su liza un amigo sincero. 200

Aliviado con ello sintióse y habló a los feacios:
 «Alcanzad ese blanco, donceles, que yo voy al punto
 a tirar otro igual o quizá más lejano, y si a alguno
 su valor y coraje en el alma le impulsan, que venga
 y se pruebe conmigo, pues tanto me habéis irritado, 205
 con los puños, el cuerpo o los pies. A ninguno recuso
 de los otros feacios: tan sólo excluiré a Laodamante
 que es mi huésped, pues ¿quién retará a un bienhechor?

[Insensato
 y villano declaro al varón que en los juegos se deja
 a la lucha arrastrar con aquel que le tiene hospedado 210
 en extraño país: a sí mismo tal hombre se ofende.

De los otros a nadie recuso ni tengo en desprecio,
 antes bien, quiero verlos delante probando sus fuerzas;
 deleznable no soy en certamen alguno de hombres,
 pues conozco el manejo del arco pulido y sabría 215
 derribar el primero a un varón de la hueste adversaria

disparando una flecha, por muchos amigos que en torno procuraran cubrirle lanzándome en contra las suyas.

Filoctetes no más con el arco solía aventajarme
 220 cada vez que en las tierras de Troya flechaban los dánaos,
 mas me tengo por muy superior a los otros mortales
 que hoy están sobre el haz de la tierra y consumen sus
 [trigos.

Con los hombres de antaño no quiero en verdad
 [compararme,

con Heracles o Eurito el de Ecalia, pues ellos llegaron
 225 a medirse en flechar con las mismas deidades eternas;
 pero el último pronto por ello murió, pues no vino
 la vejez a alcanzarle en sus salas: colérico Apolo
 le mató por haberle retado a tirar con el arco.

Con la lanza también sé llegar más allá que los otros
 230 con saetas; tan sólo en correr temería que un feacio
 me venciese: maltrecho salí de las olas inmensas
 y crueles del mar, que el cuidado de cada jornada
 me faltó en el bajel y han perdido el vigor mis rodillas.»

Tal les dijo. Suspensos los otros guardaron silencio;
 235 sólo a Alcínoo se oyó que le dijo en respuesta: «Extranjero,
 cuanto has dicho no ha estado en verdad desprovisto de
 [ingenio

y has querido mostrar el valor que en ti hay, con enojo
 por haberse acercado este hombre en mitad del certamen
 a zaherir tu virtud con palabras que nadie empleara
 240 de tener enseñado su ánimo a hablar con mesura.

Mas retén lo que voy a decirte, que puedas un día
 referirlo a otro héroe que venga a tus salas y coma
 con tu esposa y tus hijos volviendo tu mente al recuerdo
 del vigor que tenemos en lides que Zeus como propias
 245 nos mostró, como ya a nuestros padres: verdad que no
 [somos

luchadores perfectos de cuerpos ni puños, mas nadie
 nos supera en correr con los pies ni en regatas de naves

y nos gustan de siempre el banquete, la cítara, el baile,
 los vestidos bien limpios, los baños templados, los lechos.

Vamos, pues, bailarines feacios, los más distinguidos, 250
 a danzar y que el huésped, de vuelta a su casa, refiera
 a los suyos cuál es la ventaja que a todos sacamos
 en llevar una nave, en carreras, en cantos y en danza;
 que le traiga a Demódoco alguno la lira sonora,
 pues sin duda en mi casa olvidada quedó.» Tal Alcínoo, 255
 semejante a los dioses, decía; alzóse un heraldo,
 que tornó con la cóncava lira de casa del rey,
 y pusieron en pie nueve jueces sacados del pueblo
 que en los juegos solían disponer cada cosa; allanaron
 en su torno el lugar, despejaron hermosa explanada 260
 y, llegando el heraldo a Demódoco, puso en su mano
 el sonoro instrumento; ya en medio el cantor, los donceles,
 casi niños aún, sabedores del baile, en contorno,
 a compás golpearon la pista pulida y Ulises
 el veloz centellar de sus pies contemplaba embebido. 265

Preludiaba el cantor bellamente en la lira su canto
 del amor de Afrodita, de hermosa diadema, y de Ares
 que en la casa de Hefesto a hurtadillas se unieron un día
 tras pagar ricamente el amante la infamia del lecho
 del señor del hogar; mas el Sol fue a contárselo a éste, 270
 pues los vio desde arriba a los dos en amor abrazados.
 Cuando Hefesto escuchó su punzante relato, a la fragua
 el camino emprendió meditando en el fondo del pecho
 mil desastres; montó sobre el banco un gran yunque y a
 [golpes
 unas trabas labró sin engarces ni fallas, capaces 275
 de aguantar cualquier fuerza. Tramado el engaño y en ira
 contra Ares, al cuarto marchó donde estaba su lecho;
 a los pies que sostén le prestaban y todo en redondo
 sujetó aquellos lazos, mas otros colgó en la techumbre
 cual finísima tela de araña, invisible a los ojos 280
 de las mismas deidades felices, ardid sin parejo.

Viendo ya alrededor de la cama tendido el engaño,
simuló que marchaba hacia Lemnos, la sólida plaza
asentada en la tierra, por él preferida entre todas.
285 Pero Ares de riendas de oro en despierta vigilia
le observaba y al ver cómo Hefesto, el artífice insigne,
de camino salía, marchó en derechura a sus casas
anhelante de amor por la hermosa Citera. La diosa
regresaba de ver a su padre, el Cronión poderoso,
290 y no bien se sentó cuando Ares entró en la morada.

Con la mano tomando su mano le habló de este modo:
«Ven al lecho, querida, gocemos en él descansados,
pues Hefesto no está por aquí; no hace mucho que a
Lemnos
se marchó a visitar a los sintis de bárbara lengua.»

295 Tal diciendo agradable le hizo el yacer a su lado
y marchando los dos ocuparon el lecho: al instante
se corrieron los lazos que urdiera el ingenio de Hefesto
y no más se pudieron mover ni estirar pie ni mano.
Comprendieron entonces que estaban cogidos y a un tiempo
300 acercábase a ellos el ínclito cojo, emprendido
el regreso a mitad del camino de Lemnos: su nueva
desventura había oído del Sol, su seguro vigía.
A sus casas tornaba llevando la angustia en el pecho
y paró en el umbral dominado por ira salvaje,
305 invocando con gritos furiosos a todos los dioses:

«Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales,
contemplad estas obras risibles, mas ya intolerables,
cómo, siendo yo cojo, Afrodita, nacida de Zeus,
me deshonra sin tregua en su amor al maléfico Ares
310 por ser él agraciado y tener buenas piernas. Y es cierto
que lisiado nací, mas la culpa ¿quién otro la tiene
que mi padre y mi madre? ¡Pudieran no haberme
[engendrado!

Mas veréis a esos dos cómo yacen en junto amorosos
y a mi lecho subidos. ¡Dolor que me toma al mirarlos!
Tardarán, bien de cierto, en poder variar de postura 315
por amor que se tengan y pronto vendrán a cansarse
uno y otro de estar en la cama, mas no ha de soltarlos
ese ardid y atadura hasta tanto que el padre me vuelva
cuanto yo le entregué por la cínica moza, que tiene
hija hermosa, en verdad, pero bien disoluta.» Así dijo 320
y a su hogar de bronceos portales vinieron los dioses:
llegó allí Posidón, el que abraza las tierras, y Hermes
saludable, y el rey que dispara de lejos, Apolo,
porque sólo a las diosas retuvo el pudor en sus casas.
Y de pie en el umbral los eternos dadores de bienes, 325
una risa sin fin levantóse en sus almas felices
observando las trazas del hábil Hefesto; y alguno
murmuró de este modo mirando al que estaba a su lado:

«Las maldades no triunfan y el lento adelanta al ligero:
así Hefesto con ser tan pesado le dio caza a Ares, 330
que es el dios más veloz del Olimpo; valióse de astucias,
pues es cojo, y el otro le habrá de pagar su adulterio.»

De este modo entre sí conversaban los dioses y Apolo
el augusto, nacido de Zeus, hablábale a Hermes:

«¡Dime, oh Hermes divino, de bienes dador, mensajero!
¿Tú quisieras también, aun sujeto por trabas tan recias,
en sus lechos al lado dormir de Afrodita dorada?»

Contestándole dijo, a su vez, el heraldo Argifonte:
«¡Ojalá fuera así, flechador rey Apolo, y sujeto
por cadenas tres veces más duras que aquél, y aun a vista 340
de vosotros los dioses y a un tiempo de todas las diosas
consiguiera yo al lado dormir de Afrodita dorada!»

Tal habló y en los dioses eternos brotó una gran risa.
Posidón quedó serio; no obstante, le instaba sin tregua

- 345 al artífice Hefesto glorioso a dejar libre a Ares
y, volviéndose a él, le decía en aladas palabras:
- «Desanúdalo: yo te prometo ante todos los dioses
que te habrá de pagar cuanto es justo según tú lo pides.»
- A su vez replicándole dijo el perínclito cojo:
- 350 «Posidón, que la tierra rodeas, no exijas tal cosa,
porque ¿quién da fianza a las deudas que tienen los viles?
¿Cómo voy a apresarte yo a ti o a las otras deidades
cuando Ares a un tiempo se zafe de deudas y lazos?»
- Contestóle, a su vez, Posidón, que sacude la tierra:
- 355 «Si él, Hefesto, consigue escaparse y olvida su deuda
cuando esté en libertad, por mí mismo prometo pagarla.»
- Y al instante le dijo, a su vez, el perínclito cojo:
- «No es posible ni bien me estaría rehusar tu palabra.»
- Tal diciendo sus lazos soltaba la fuerza de Hefesto
- 360 y, al sentir uno y otro aflojarse su recia atadura,
de la cama saltaron y a Tracia él se fue mientras ella,
la risueña Afrodita, partió para Pafo de Chipre,
donde tiene su templo y su altar siempre lleno de ofrendas.
Al llegar la lavaron las Gracias, la ungieron de aceite
- 365 inmortal, del que brilla en la piel de los dioses eternos,
y vistiéronla ropas preciosas, hechizo a los ojos.
- Tales cosas contaba el perínclito aedo y Ulises
escuchando gozaba en su alma y también los feacios,
remadores de palas ingentes, gloriosos marinos.
- 370 Mas Alcínoo mandó a Laodamante y a Halio, que hacían
la pareja mejor, sin rival en danzar, que bailasen
ellos solos: tomando en las manos la hermosa pelota
fabricada y teñida de rojo por Pólipo insigne,

la lanzaba uno de ellos, doblando su cuerpo de espaldas,
a las nubes sombrías y el otro saltando con fuerza 375
recogíala al caer, aún no puestos los pies en el suelo.
Una vez que se hubieron probado en tirar a lo alto,
empezaron los dos a bailar sobre el suelo fecundo
con mudanzas sin fin y entretanto los otros muchachos
palmeaban de pie por la pista: subía gran estruendo. 380

Y hete a Ulises divino que habló dirigiéndose al rey:
«Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
anunciaste no haber bailarores iguales a éstos;
a la vista quedó y el asombro me embarga al mirarlo.»

Así dijo; alegróse el augusto e intrépido Alcínoo 385
y volviéndose habló a los feacios, gozosos remeros:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio.
Muy juicioso se muestra a mi ver nuestro huésped; mas, ¡ea!,
ofrecámosle el don de hospedaje, como es de justicia:
doce reyes ilustres aquí sobre el pueblo gobiernan 390
como jefes, y yo al lado de ellos me cuento el treceno.
Vaya, pues, cada cual y le traiga y regálele un manto
bien lavado, una túnica, un peso de oro. Juntemos
los obsequios de todos, con ello en las manos se venga
disfrutando en su pecho a cenar con nosotros y Euríalo 395
acompañe sus dones con frases de agrado, pues antes
dirigió al forastero palabras de tal desmesura.»

Tal les dijo. Asintiendo los otros, mandó cada uno
a su heraldo que allí le trajera sus propios presentes,
mas Euríalo dejándose oír contestó de esta suerte: 400

«Prez y honor de tu pueblo, ¡oh Alcínoo, señor poderoso!,
yo daré a nuestro huésped contento según tú lo mandas:
que sea suya esta espada, toda ella de bronce y con puño
tachonado de plata y su vaina en marfil aserrado
poco ha que la guarda: en verdad rica prenda se lleva.» 405

Tal diciendo la espada de clavos argénteos le puso
en las manos y así dirigiósele en frases aladas:

«Padre huésped, salud; y si alguna palabra se ha dicho
desmedida, arrebaténla luego los vientos y dente
410 las deidades el ver a tu esposa y llegar a tu patria,
pues tan largos pesares sufriste arrancado a los tuyos.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Y a ti, amigo, también den los dioses salud, larga dicha,
y en tu buen porvenir jamás eches de menos la espada
415 que me acabas de dar con palabras de agrado.» Así dijo
y del hombro colgó la cuchilla de clavos de plata.

A ponerse iba el sol y, aprontados los ínclitos dones,
los traían honrados heraldos a casa de Alcínoo;
recibíanlos los hijos del rey intachable y en torno
420 de la madre acatada dejaban los ricos presentes.

Mas los otros, siguiendo al augusto e intrépido Alcínoo,
a la estancia llegaron, sentáronse en altos sillones
y así dijo el intrépido Alcínoo volviéndose a Areta:

«Trae, mujer, algún cofre precioso, el mejor que se halle,
425 guarda en él un vestido y un manto bien limpio y al fuego
haz poner una tina de bronce; calienten el agua,
por que el huésped después de bañarse contemple ya en
[orden

cuanto envían aquí para él los feacios sin tacha
y le sea más grato con ello el banquete y el canto.
430 Por mi parte le doy esta copa de oro de brillo
sin igual que le traiga el recuerdo de mí cada día
cuando libe en sus salas a Zeus y las otras deidades.»

Así dijo y Areta mandó a sus esclavas que al punto
colocasen al fuego un gran trípode; y ellas tomaron
435 una tina de baño, encimáronla luego a la lumbre,

la llenaron, prendieron debajo la leña y, lamiendo
la ventruda caldera, las llamas templaban el agua.
Para el huésped, en tanto, sacó del tesoro la reina
preciosísimo cofre en que puso los ricos presentes
de vestidos y oro que hacían en su honor los feacios. 440

Ella misma otro manto añadió y una túnica hermosa
y, volviéndose a Ulises, le dijo en aladas palabras:
«Ve tú mismo la tapa y dispón la atadura en seguida,
no te quiten la carga en tu ruta una vez que de nuevo
dulcemente te entregues al sueño en el negro navío.» 445

Cuando a Areta escuchó el gran Ulises, de heroica
[paciencia,
ajustando la tapa cerróla con una mañosa
atadura que un tiempo de Circe aprendió, la de ardidés
soberanos. En esto llamábalo el ama que fuese
y tomase su baño; miró con agrado en su alma 450
aquel baño humeante, pues no recibía tal cuidado
desde el día que dejó la mansión de la diosa Calipso,
la de hermosos cabellos: allí prodigóselo ella
como a un dios. Tras el baño las siervas lo ungieron de
[aceite,
le ciñeron la túnica en torno, el espléndido manto, 455
y salió para unirse a los hombres que estaban bebiendo
en la mesa. Nausícaa, la hermosa por don de los dioses,
apostada en la puerta del rico salón admiraba
con los ojos bien fijos a Ulises y al cabo, dejando
que escapase su voz, dirigióle palabras aladas: 460

«Ve, extranjero, con bien: cuando estés en los campos
[paternos
no te olvides de mí, pues primero que a nadie me debes
tu rescate.» Y Ulises, el rico en ingenios, repuso:

«¡Oh Nausícaa, nacida de Alcínoo el magnánimo! Zeus,
el esposo tonante de Hera, me cumpla ese voto 465

y que, vuelto a mi hogar, goce yo de la luz del regreso. Cada día en mi casa te habré de invocar como a diosa y por siempre jamás, que tú, hija, me diste la vida.»

Tal diciendo marchóse a ocupar un sillón junto al rey,
 470 cuyos hombres partían el manjar y mezclaban el vino.
 Al cantor siempre fiel, a Demódoco, honrado del pueblo,
 acercó de la mano un heraldo y en medio sentólo
 del banquete apoyándolo en alta columna; y Ulises,
 el fecundo en ingenios, cortando un pedazo de lomo,
 475 pues quedaba aún mucho del cerdo de blancos colmillos,
 entrególe al heraldo aquel trozo bosante de grasa.

«Lleva, heraldo —le dijo—, esta carne a Demódoco y coma a placer: quiero honrarle aunque esté yo afligido; de parte de cualquier ser humano que pise la tierra, la honra
 480 y el respeto mayor los aedos merecen, que a ellos
 sus cantares la Musa enseñó por amor de su raza».

Tal le dijo, tomóla el heraldo, la puso en los dedos del egregio Demódoco y éste alegróse en su alma.

A los ricos manjares dispuestos lanzaron sus manos
 485 y, una vez que tuvieron saciados su sed y apetito,
 dirigióse a Demódoco Ulises, el rico en ingenios:
 «¡Oh Demódoco! Téngote en más que a ningún otro
 [hombre,
 ya te haya enseñado la Musa nacida de Zeus
 o ya Apolo, pues cantas tan bien lo ocurrido a los dánaos,
 490 sus trabajos, sus penas, su largo afanar, cual si hubieras
 encontrádote allí o escuchado a un testigo. Mas, ¡eal,
 cambia ya de canción y celebra el ardid del caballo
 de madera, que Epeo fabricó con la ayuda de Atena
 y que Ulises divino llevó con engaño al alcázar
 495 tras llenarlo de hombres que luego asolaron a Troya.

Si refieres aquello del modo que fue, yo al momento ante todos habré de afirmar que algún dios favorable te ha otorgado la gracia del canto divino.» Así dijo y el aedo, movido del dios, modulaba su canto desde el punto en que aquellos argivos, después de dar 500

[fuego a las tiendas, se hicieron al mar en las sólidas naves.

Del caballo en la entraña escondidos, los otros en torno se agrupaban de Ulises ya en medio de Troya; los teucros por sí mismos lo habían arrastrado al alcázar y, erguido en mitad, discutían a su pie y en confuso alboroto. 505

Tres sentencias allí se escuchaban: romper con el bronce implacable la hueca madera, llevarlo arrastrando a la cima y dejarlo caer por las rocas, guardarlo como ofrenda preciosa a los dioses. Y fue esta postrera la que luego se había de cumplir, pues conforme al destino 510 la ciudad debería perecer una vez que albergase al caballo de tablas ingente en que estaban los dánaos más ardidos tramando a los teucros matanza y ruina.

Y contaba después el saqueo que aquéllos hicieron tras fluir del caballo dejando su hueca emboscada: 515 cada cual por un lado pillaba el alcázar excelso, pero Ulises, dijérase Ares, marchó hacia las casas de Deífobo; al lado llevaba al sin par Menelao. Allí —dijo— empeñó su más duro combate, mas pronto la victoria inclinó a su favor la magnánima Atena. 520

Tales cosas contaba aquel ínclito aedo y Ulises consumíase dejando ir el llanto por ambas mejillas. Como llora la esposa estrechando en el suelo al esposo que en la lucha cayó ante los muros a vista del pueblo por salvar de ruina a su patria y sus hijos; le mira 525 que se agita perdiendo el respiro con bascas de muerte y abrazada con él grita y gime; la huete contraria le golpea por detrás con las lanzas los hombros y, al cabo,

se la lleva cautiva a vivir en miseria y en pena
 530 con el rostro marchito de tanto dolor; así Ulises
 de sus ojos dejaba caer un misérrimo llanto.
 No hubo nadie en verdad que notara sus lloros; Alcínoo
 solamente, al hallarse más cerca, lo estaba observando;
 dióse cuenta de todo al oír sus profundos suspiros
 535 y sin más les habló a los feacios, gozosos remeros:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio.
 Tiempo es ya que suspenda Demódoco el son melodioso
 de la lira; no a todos es grato el cantar; desde el punto
 que empezamos la cena y se ha alzado el aedo divino,
 540 nuestro huésped no deja de dar lastimeros sollozos
 y algún grave dolor le acongoja, sin duda, en el pecho.
 Cese, pues, aquel canto y el gozo, igualmente, se extienda
 a hospedantes y huésped, que así nos será bien a todos.

Preparado el viaje está ya del honrado extranjero
 545 y los dones preciosos que en muestra de amor le ofrecimos:
 suplicantes y huéspedes son a manera de hermanos
 para todo varón no insensato del todo. Tú, huésped,
 no me ocultes con trazas astutas aquello que quiero
 de tu boca saber, que a ti cumple también declararlo.
 550 Habla y di cómo allá te llamaban tu padre y tu madre,
 tus vecinos y aquellos que habitan los pueblos cercanos.
 En verdad no hay mortal que carezca de nombre, ya sea
 miserable, ya egregio, una vez que nació, pues a todos
 se lo ponen sus padres después de engendrarlos. Y dime
 555 cuáles son tu país, tu ciudad y tu raza, que puedan
 conducirte hasta allí rumbeando en su mente las naves;
 los feacios no tienen pilotos ni saben de aquellos
 gobernalles que suelen llevar los demás; sus bajeles
 tienen ciencia y sentidos de hombres, por ellos distinguen
 560 las ciudades de todos los pueblos, sus pingües campiñas,
 y atraviesan a toda carrera la sima del agua
 encubiertas en niebla y en sombra: no hay miedo con ellas
 de morir en naufragio o sufrir daño alguno. Mas esto

y en tal modo oí contar en un tiempo a Nausítoo, mi
 [padre:
 él solía decirnos que el gran Posidón, indignado 565
 con nosotros por ser para todos indemnes guiadores
 por el mar, destruiríanos un recio bajel algún día
 ya a la vuelta de un tal salvamento, en las aguas brumosas,
 y, además, cerraría la ciudad con enorme montaña.
 Esto hablaba el anciano. ¿Se habrá de cumplir? ¿Incumplido 570
 quedará por ventura? Al arbitrio del dios sigue todo.

Pero, ¡ea!, pon mente a esto otro y explica fielmente.
 ¿Por qué sitios viajaste errabundo? ¿A qué tierras llegaste
 y qué pueblos has visto o ciudades de buena vivienda,
 ya habitados por hombres malvados, groseros, injustos 575
 o benignos al huésped, con sano temor de los dioses?
 Di, ¿por qué los suspiros y el llanto que hinchaban tu
 [pecho
 al oír las desgracias de Ilión y los dánaos argivos?
 Voluntad ello fue de los dioses que urdieron a tantos
 la ruina por dar que cantar a los hombres futuros. 580
 ¿Por ventura delante de Troya perdiste a un pariente
 esforzado y de pro, un cuñado o un yerno, los seres
 que nos son más queridos después del linaje y la sangre?
 ¿O tal vez a un amigo, algún hombre de buenas entrañas
 y esforzado valor? En verdad no inferior a un hermano 585
 llega a ser un amigo leal y discreto de mente.»